

de las de la libertad de imprenta y el modo de nombrar los funcionarios públicos. Todas estas reclamaciones se remitían á las comisiones de salvación pública, hacienda y comercio, para que informasen acerca de ellas y las ilustrasen.

Así estaban en pugna dos partidos, investigando y hallando en todo lo que se había hecho, y en lo que aún se hacía, continuos motivos de choques y reconvencciones. Todo lo que se había efectuado, bueno ó malo, se atribuía á los individuos de las antiguas juntas, que eran á la sazón el blanco de los autores de la reacción. Aunque habían contribuido á derribar á Robespierre, se decía que su enemistad con él era por ambición y por dividirse la tiranía, pero que en el fondo eran de sus mismas ideas y principios, queriendo continuar en provecho suyo bajo el mismo sistema. Hallábase entre los termidorianos Lecointre de Versailles, hombre furioso é inconsiderado que se declaraba con una imprudencia chocante á sus compañeros. Imaginó denunciar á Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Barrere de la antigua junta de salvación pública, y á David, Vadier, Amar y Vouland de la de seguridad general, como cómplices y continuadores de Robespierre; pero no podía ni se atrevía á dirigir la misma acusación contra Carnot, Prieur de la Cote-d'Or y Roberto Lindet, á quienes la opinión separaba totalmente de sus colegas y que pasaban únicamente por empleados en los trabajos á que debía su salvación la Francia. Tampoco se atrevía á impugnar á todos los individuos de la comisión de seguridad general, porque no todos se hallaban igualmente tildados por la opinión pública. Comunicó su proyecto á Tallián y Legendre, los cuales procuraron disuadirle de él; pero obstinóse en llevarlo á cabo, y en la sesión del 12 fructidor (29 de agosto) presentó veintiséis capítulos de acusación contra los individuos de las antiguas comisiones. Reducíanse estos capítulos á las vagas imputaciones de haber sido cómplices del terrible sistema que Robespierre empleó contra la Convención, y la Francia; de haber tomado parte en los actos arbitrarios de ambas comisiones, firmado las órdenes de proscripción, y recibido con indiferencia y desprecio todas las reclamaciones de los ciudadanos injustamente perseguidos; de haber contribuido mucho á la muerte de Dantón; de haber defendido la ley de 22 pradiar, ocultando á la Convención que esta ley no era obra de la comisión; de no haber denunciado á Robespierre cuando abandonó la junta de salvación pública, y finalmente de no haber hecho nada los días 8, 9 y 10 termidor, para poner á la Convención á cubierto de los planes de los conspiradores.

Apenas hubo terminado Lecointre la lectura de estos veintiséis capítulos, Goujón, diputado del Ain, republicano joven, sincero, celoso y desinteresado montañés, porque no había tomado parte alguna en los actos que se imputaban al último gobierno; Goujón, decimos, se levantó para tomar la palabra con todas las apariencias de un profundo pesar. «Me aflige dolorosamente, dijo, ver con qué fría tranquilidad se viene á esparcir aquí nuevas semillas de discordia, proponiendo la pérdida de la patria. Unas veces se propone desacreditar bajo el nombre de sistema de terror todo lo que se ha hecho durante un año, otras aconsejan acusar á unos hombres que han prestado grandes servicios á la revolución. Ig-

noros si serán culpables, porque yo estaba en los ejércitos, y no he podido juzgar de nada; pero si hubiera tenido documentos que sirvieran de cargo contra individuos de la Convención, no los habría presentado, ó lo hubiera hecho con el más profundo dolor. ¡Con qué sangre fría, por el contrario, se viene aquí á hundir el puñal en el pecho de hombres recomendables á la patria por sus importantes servicios! Observad bien que los cargos que se les dirigen recaen sobre la Convención misma; sí, á la Convención es á la que se acusa y al pueblo francés á quien se procesa, porque ambos han sufrido la tiranía del infame Robespierre. J. Debry os lo decía hace poco; los aristócratas son los que hacen ó los que mandan hacer estas proposiciones...—Y los ladrones, añaden algunas voces.—Pido, replica Goujón, que cese el debate en este momento.» Opónense muchos diputados, y Billaud-Varennes, lanzándose á la tribuna, pide con insistencia que se continúe la discusión. «No hay duda, dice, que si los hechos alegados son verdaderos, somos grandes culpables y deben caer nuestras cabezas; pero desafiamos á Lecointre á que los pruebe. Desde la caída del tirano somos el blanco de los ataques de todos los intrigantes, y declaramos que la vida no tiene ningún valor para nosotros si han de quitárnosla ellos.» Billaud continúa, y dice que hace mucho tiempo que sus colegas y él meditaban el 9 termidor; que si le han diferido, es porque las circunstancias lo exigían así; que han sido los primeros en denunciar á Robespierre y en arrancarle la máscara con que se cubría; que si se les imputa como crimen la muerte de Dantón, él será el primero en acusarse; que Dantón era el cómplice de Robespierre y el punto de enlace de todos los contrarrevolucionarios, y que si hubiera vivido, la libertad estaría perdida. «Desde hace algún tiempo, exclamó Billaud, vemos agitarse á los intrigantes y á los ladrones...» Al oír esta última palabra, interrumpe Bourdón diciendo: «La palabra está dicha y será preciso probarla.—Yo me encargo, grita Duhem, de probarla para uno.—Y nosotros la probaremos para otros», añaden varias voces de la Montaña. Esta era la reconvencción que los montañeses estaban siempre dispuestos á dirigir á los amigos de Dantón, convertidos casi todos en termidorianos. Billaud, que en medio de aquel tumulto y de tantas interrupciones no había abandonado la tribuna, insiste y pide una instrucción para que los culpables sean conocidos. Sucédele Cambón, y dice que es preciso evitar el lazo tendido á la Convención; que los aristócratas quieren obligarla á deshonorarse á sí misma, deshonorando á varios de sus individuos; y que si los comités son culpables, ella lo es también. «¡Y toda la nación!», añade Bourdón de l'Oise. En medio de este tumulto, preséntase Vadier en la tribuna con una pistola en la mano, diciendo que no sobrevivirá á la calumnia si no se le permite justificarse; pero varios diputados le rodean y obliganle á bajar. El presidente Thuriot declara que levantará la sesión si no se calma el tumulto. Duhem y Amar quieren que se continúe la discusión, porque es un deber de la Asamblea para con los individuos inculpados; y Thuriot, uno de los termidorianos más fogosos, aunque también celoso montañés, viendo con pesar que se agitaban semejantes cuestiones, toma la palabra desde su asiento, y dice á la Asamblea: «Por una parte, el interés público exige que concluya en el

acto semejante discusión; y por otra, el interés de los acusados quiere que se continúe: conciliemos ambos extremos pasando á la orden del día sobre la proposición de Lecointre, declarando que la Asamblea ha escuchado esta proposición con la mayor indignación.» La Asamblea adopta apresuradamente el parecer de Thuriot, y pasa á la orden del día despreciando la proposición de Lecointre.

Todos los hombres sinceramente afectos á su país habían oído esta discusión con el mayor pesar. ¿Cómo, en efecto, volver al pasado, reconocer entre el mal y el bien y discernir quién era el autor de la tiranía ejercida hasta entonces? ¿Cómo distinguir la parte que habían tenido Robespierre y los comités, que se compartieron el poder, la Convención que los toleró y la nación que sufrió al uno y á los otros? ¿Y cómo juzgar por otra parte esta tiranía? ¿Era un crimen de ambición, ó la acción enérgica é inconsiderada de hombres que, deseando salvar su causa á toda costa, se cegaban sobre los medios de que hacían uso? ¿Cómo distinguir en esa acción confusa la parte de la crueldad, de la ambición, del celo extraviado, del patriotismo sincero y enérgico? Iluminar tanta oscuridad, juzgar tantos corazones de hombres era una cosa imposible. Hacíase preciso olvidar el pasado, recibir la Francia salvada de manos de aquellos á quienes se acababa de excluir del poder, regularizar movimientos desordenados, dulcificar leyes demasiado crueles y pensar que en política deben repararse los males, jamás vengarlos.

Tal era el parecer de los hombres cuerdos. Los enemigos de la revolución aplaudían el paso dado por Lecointre, y al ver cerrado el debate, dijeron que la Convención había tenido miedo, no atreviéndose á tocar cuestiones demasiado peligrosas para ella misma. Los jacobinos, por el contrario, y los montañeses, poseídos aún de su fanatismo, y de ningún modo dispuestos á reprobar el régimen del terror, no tenían la discusión, y estaban furiosos por haberse cerrado. Al día siguiente, en efecto, 13 fructidor, levantáronse muchos montañeses diciendo que el presidente había sorprendido la víspera á la Asamblea cerrando el debate; que emitió su parecer sin abandonar el sillón; que como presidente no tenía derecho para ello; que se había cometido una injusticia al proceder así; que á los individuos inculpados, á la Convención misma y á la revolución interesaba abordar francamente un debate que los patriotas no podían temer. En vano pidieron los termidorianos, Legendre, Tallián y otros, á quienes se acusaba de haber impulsado á Lecointre y que por el contrario trataron de disuadirle de su proyecto, que se alejara la discusión. La Asamblea, que no había perdido aún la costumbre de temer á la Montaña y de ceder ante ella, consintió en anular su decisión de la víspera, y Lecointre fué llamado á la tribuna para leer sus veintiséis capítulos de cargo, apoyándolos con los comprobantes.

Lecointre no había podido reunir los de este singular proceso, pues se hubiera necesitado tener la prueba de lo que pasó en el interior de los comités para juzgar hasta qué punto los individuos culpados tuvieron parte en lo que se llamaba la tiranía de Robespierre. Lecointre no podía invocar sino la notoriedad pública, los discursos pronunciados en los jacobinos ó en la Asamblea y los originales de algunas órdenes de arresto que nada

probaban de por sí. Á cada nuevo cargo, los montañeses gritaban furiosos: ¡Las piezas!, ¡las piezas!, y no querían que hablase sin presentar las pruebas escritas. Lecointre, no pudiendo con frecuencia presentarlas, apelaba á los recuerdos de la Asamblea, preguntándola si no consideró siempre que Billaud, Collot-d'Herbois y Barrere estaban de acuerdo con Robespierre. Pero esta prueba, la única posible por otra parte, demostraba lo absurdo de semejante proceso; con tales pruebas se habría demostrado que la Convención era cómplice del comité y la Francia de aquélla. Los montañeses no dejaban á Lecointre concluir, diciéndole: ¡Eres un calumniador!, y le obligaban á pasar á otro cargo: Apenas había leído el siguiente, gritaban de nuevo: ¡Los comprobantes!, ¡los comprobantes!, y como Lecointre no los presentase, volvían á gritar: ¡A otro! De este modo llegó Lecointre al vigésimosexto capítulo sin haber podido probar nada de lo que sostenía; sólo le era posible alegar la razón de que, siendo el proceso político, no admitía la forma ordinaria del debate, á lo cual se podía contestarle que era entonces impolítico intentarle. Después de una prolongada y borrascosa sesión, la Convención declaró falsa y calumniosa la acusación de Lecointre, rehabilitando así á los antiguos comités.

Esta escena devolvió á la Montaña toda su energía, y á la Convención un poco de su antigua deferencia con aquélla; pero Billaud-Varennes y Collot d'Herbois presentaron su dimisión de individuos del comité de salvación pública, y Barrere salió por haberle tocado en suerte. Tallián, por su parte, renunció voluntariamente, y fueron reemplazados los cuatro por Delmás, Merlin de Douai, Cochón y Fourcroy. De este modo, de los antiguos individuos del gran comité de salvación pública sólo quedaban Carnot, Prieur de la Côte-d'Or y Roberto Lindet. En el de seguridad general se efectuó también una renovación en su cuarta parte, saliendo Elías Lacoste, Vouland, Vadier y Moisés Baile: faltaban ya David, Jagot y Lavicomterie, excluidos por un acuerdo de la Asamblea: estos siete individuos fueron reemplazados por Bourdón de l'Oise, Colombelle, Meaulle, Clauzel, Mathieu, Mon-Mayau y Lesage-Senauld.

Un acontecimiento imprevisto y del todo fortuito contribuyó á que aumentase la agitación que reinaba. Prendióse fuego al polvorín de Grenelle, que voló, y esta repentina y espantosa explosión consternó á París, creyéndose que era el resultado de una nueva conspiración. Acusóse desde luego á los aristócratas, y éstos á los jacobinos, y los dos partidos se atacaron nuevamente en la tribuna, sin que se sacase nada en claro. Á este suceso se agregó otro: en la noche del 23 fructidor (9 de septiembre), Tallián volvía á su casa, cuando un hombre que vestía un gran levitón le acometió diciéndole: «¡Te esperaba!. ¡Ahora no te escaparás!» Y en el mismo instante, dispárale á boca de jarro un pistoletazo que le destroza un hombro. Al día siguiente, nuevos rumores en París: decíase que no era ya posible esperar tranquilidad; que dos partidos encarnizados uno contra otro habían jurado perturbar continuamente la república. Los unos atribuían el asesinato de Tallián á los jacobinos, los otros á los aristócratas, y aun algunos llegaban hasta decir que Tallián, imitando el ejemplo de Grange-neuve antes del 10 de agosto, había hecho que le hiriesen en el hombro para acusar á los jacobinos y tener

motivo para pedir su disolución. Legendre, Merlin de Thionville y otros amigos de Tallián se precipitan á la tribuna con vehemencia para sostener que el crimen de la víspera era obra de los jacobinos. Tallián, dicen, no ha abandonado la causa de la revolución; pero algunos furiosos pretenden que se ha pasado á los moderados y aristócratas. No son por tanto éstos los que pueden haber tenido la idea de matarle. No pueden ser sino los furiosos que le acusan, es decir, los jacobinos. Merlin denunció su última sesión, citando las siguientes palabras de Duhem: *Los saños del Pantano levantan la cabeza; tanto mejor, porque más fácil será de cortar.* Merlin pidió con su acostumbrada audacia la disolución de esta célebre sociedad, que había prestado, dijo, los mayores servicios; que había contribuido poderosamente á derribar el trono; pero que no teniendo que hacerlo ya, quería derribar á la misma Convención; no se admitieron las conclusiones de Merlin; pero, según costumbre, sometieron los hechos á los comités competentes para que instruyeran un informe. En todas las cuestiones que dividían á los dos partidos se hicieron remisiones de este género. Habíanse pedido informes sobre la cuestión de la prensa, los asignados, el *máximum*, las requisiciones, las trabas al comercio, y en fin, sobre todo lo que llegó á ser un motivo de controversia y de división. Se quiso entonces que todos estos informes se confundieran con uno solo, y encargóse al comité de salvación pública que presentara un informe general sobre el estado de la república. Confióse la redacción á Roberto Lindet, la persona más instruída acerca de la situación de los asuntos, porque pertenecía á los antiguos comités, y la más desinteresada en estas cuestiones, porque se había ocupado exclusivamente en servir á su país, encargándose del inmenso trabajo de proveer á las subsistencias y los transportes. Señalóse para oírle la cuarta descamisada del año II (20 septiembre de 1794).

Esperaban todos con impaciencia su informe y los decretos á que daría lugar; pero entretanto continuaba la agitación. En el jardín del Palacio Real era donde se reunía la juventud coligada contra los jacobinos; leíanse allí los periódicos que se publicaban en gran número contra el último régimen revolucionario, que se vendían en las galerías; con frecuencia se formaban grupos é iban á interrumpir las sesiones de los jacobinos. El día de la segunda descamisada se formó uno de ellos, compuesto de aquellos jóvenes que para distinguirse de los jacobinos vestían con esmero y llevaban corbatas altas, por lo cual se les dió el nombre de currutacos. Uno de los que estaban en el grupo dijo que si sucedía alguna cosa deberían reunirse en la Convención, porque los jacobinos eran unos bribones intrigantes; un jacobino quiso contestar, y entonces se trabó una contienda, gritándose por una parte: *¡Viva la Convención! ¡Fuera los jacobinos! ¡Fuera la cola de Robespierre!*, y por la otra: *¡Mueran los aristócratas y los currutacos! ¡Viva la Convención y los jacobinos!* El tumulto aumentó muy pronto; el jacobino que había tomado la palabra y los pocos que quisieron apoyarle fueron maltratados; acudió la guardia y dispersó á la multitud, que era ya considerable, é impidió un choque general.

Al otro día, que era el fijado para leer el informe de los tres comités, de salvación pública, de legislación y de seguridad general, Roberto Lindet fué oído por fin.

Triste era el cuadro que debía trazarse de Francia; y después de haber expuesto la marcha sucesiva de las facciones y los progresos del poderío de Robespierre hasta su caída, presentó dos partidos: uno, compuesto de fogosos patriotas, temiendo por la revolución y por sí mismos; otro, formado por familias afligidas, cuyos parientes habían sido inmolados ó gemían en las prisiones. «Los ánimos inquietos, decía Lindet, suponen que el gobierno carecerá de energía, y emplean todos los medios para propagar su opinión y sus temores, enviando diputaciones é informes á la Convención. Estos temores son quiméricos, porque en vuestras manos conservará el gobierno toda su fuerza. ¿Pueden temer los patriotas y los funcionarios públicos que se olviden los servicios que prestaron? ¿Qué valor no habrán necesitado para aceptar y desempeñar tan peligrosas funciones? Pero Francia vuelve á llamarles hoy á sus profesiones y á su trabajo, que abandonaron durante largo tiempo. Saben que sus funciones eran temporales; que el poder, conservado demasiado tiempo en las mismas manos, llega á ser motivo de inquietud, y no deben temer que Francia les abandone á los resentimientos y á las venganzas.»

Pasando después Lindet á lo que concernía al partido de aquellos que habían sufrido, continuó de este modo: «Devolved la libertad á los que, víctimas de los odios, de las pasiones, del error de los funcionarios públicos y del furor de los últimos conspiradores, fueron precipitados en tropel en las casas de detención; devolvedles á los labradores, á los comerciantes, á los parientes de la juventud que defiende la patria; las artes han sido perseguidas, y no obstante, por ellas aprendisteis á forjar el rayo, por ellas ha servido el invento de Montgolfier para guiar la marcha de los ejércitos, por ellas se preparan y depuran los metales y se curten las pieles y se preparan en ocho días. Protegedles, socorredles: hay todavía muchos hombres útiles en los calabozos.»

Roberto Lindet traza después el cuadro del estado agrícola y comercial de Francia, poniendo en relieve las calamidades resultantes de los asignados, del *máximum*, de las requisiciones y de la interrupción de comunicaciones con el extranjero. «El trabajo, dice, ha perdido mucho de su actividad, primeramente porque se han trasladado á las fronteras millón y medio de hombres, porque una multitud de otros se ha entregado á la guerra civil y porque los ánimos distraídos por las pasiones políticas han olvidado sus habituales ocupaciones. Hay nuevos terrenos trabajados, pero muchos descuidados: el grano está sin trillar, no se hila la lana y los cultivadores no baten el lino ni agraman el cáñamo. Tratemos de reparar tan numerosos y diversos males; devolvamos la paz á las grandes ciudades marítimas y fabriles: Que cesen las demoliciones en Lyon. Con la paz, la cordura y el olvido, los nanteses, los bordeleses, los marseleses y los lioneses emprenderán de nuevo sus trabajos. Revoquemos las leyes destructoras del comercio; devolvamos á las mercancías su circulación; permítase exportar para que nos traigan lo que nos haga falta. Que las ciudades y los departamentos dejen de quejarse del gobierno, que, según dicen, ha agotado sus recursos en materia de subsistencias, no ha observado proporciones bastante exactas y ha impuesto con desigualdad el gravamen de las requisas. Si los que

se quejan pudieran echar una ojeada sobre la situación, las declaraciones y exposiciones de sus conciudadanos de los demás distritos, verían las mismas quejas, las mismas reclamaciones é igual energía, inspiradas por el sentimiento de idénticas necesidades. Devolvamos la tranquilidad de ánimo y el trabajo á los campesinos; llamemos á los obreros á sus talleres y á los labradores á sus tierras, y sobre todo, añade Lindet, esforcémonos en establecer entre nosotros la unión y la confianza, dejando de echarnos en cara nuestras desgracias y desaciertos. ¿Hemos sido nunca, hemos podido ser lo que hubiéramos querido? Todos nos hemos lanzado en la misma carrera: los unos combatiendo con valor, con reflexión; los otros se precipitaron, en su fogoso ardimiento, contra todos los obstáculos que trataban de destruir y derribar. ¿Quién vendrá á interrogarnos, á pedirnos cuenta de estos movimientos que es imposible prever ni dirigir? La revolución está hecha, y es la obra de todos. ¿Qué generales, qué soldados hicieron jamás en la guerra únicamente lo que debían hacer, ni supieron contenerse allí donde la fría y tranquila razón hubiera deseado que se contuviesen? ¿No estábamos en guerra contra los más numerosos y temibles enemigos? ¿Qué reveses no han irritado nuestro valor é inflamado nuestra cólera? ¿Qué nos ha sucedido que no suceda á todos los hombres que se alejan á infinita distancia del curso ordinario de la vida?»

Este informe, tan sabio, tan imparcial y completo, mereció nutridos aplausos. Todo el mundo aprobaba las ideas que contenía, y hubiera sido de desear que todos participaran de ellas. Lindet propuso después una serie de decretos que fueron acogidos como el informe y adoptados en el acto.

Por el primero se encargaba al comité de seguridad general y á los representantes en comisión examinar las reclamaciones de los comerciantes, labradores, artistas, padres y madres de los ciudadanos presentes en los ejércitos y de los que estaban en las prisiones ó tenían parientes en ellas. Por el segundo decreto se prevenía á las municipalidades y comités de las secciones que motivaran sus negativas cuando no quisieran dar certificados de civismo. Estas eran satisfacciones dadas á los que se quejaban de continuo del terror, temiendo verle renacer. Por un tercer decreto se ordenaba redactar una instrucción moral que tendiese á excitar el amor al trabajo y á las leyes, á ilustrar á los ciudadanos sobre los principales acontecimientos de la revolución y destinada á ser leída al pueblo en las fiestas de la década. Un cuarto decreto prescribía un proyecto de escuela normal para formar jóvenes y profesores, y pagar así la instrucción y las luces en toda Francia.

Por último, á estos decretos se agregaban otros va-

rios, ordenando á los comités de hacienda y de comercio examinar brevemente:

1.º Las ventajas de la libre exportación de los artículos de lujo, con la condición de ingresar en Francia su valor en mercancías de toda especie.

2.º Las ventajas ó desventajas de la libre exportación del sobrante de artículos de primera necesidad, bajo la condición de devolución y otras formalidades.

3.º Los medios más ventajosos de poner en circulación las mercancías destinadas á las municipalidades rebeldes y retenidas por embargo.

4.º y último. Las reclamaciones de los negociantes que, en virtud de la ley de secuestro, estaban obligados á depositar en las cajas del distrito las sumas que debían á los extranjeros con quienes Francia estaba en guerra.

Vemos que estos decretos daban satisfacciones á los que se quejaban de haber sido perseguidos, y contenían algunas de las medidas capaces de mejorar el estado del comercio. Sólo el partido jacobino no tenía decreto alguno para sí; pero no lo necesitaba, porque no se le había perseguido ni aprisionado; no se hizo más que privarle del poder, y no se debía concederle ninguna reparación. Cuando más, se podía tranquilizarle sobre la marcha del gobierno, y el informe de Lindet iba encaminado á este fin. He aquí por qué este informe y los decretos que le acompañaban produjeron el efecto más favorable en todos los partidos.

Recobróse al parecer la calma, y al día siguiente, último del año y quinta descamisada del II (21 septiembre 1794), celebróse la fiesta ordenada hacía mucho tiempo para colocar los restos mortales de Marat en el Panteón y sacar los de Mirabeau. Ya no estaba conforme con el estado de las opiniones y de los ánimos; Marat no era ya un santo, ni Mirabeau bastante culpable para que se tributaran tantos honores al sangriento apóstol del terror, tratando con tal ignominia al más célebre orador de la revolución; pero á fin de no alarmar á la Montaña y evitar las apariencias de una reacción demasiado pronta, no se suprimió la fiesta. En el día prefijado fueron conducidos con gran pompa al Panteón los restos de Marat y retirados ignominiosamente los de Mirabeau por una puerta lateral.

Así, pues, el poder, que estaba en manos de los jacobinos y de los montañeses, pasó á las de los partidarios de Dantón y de Camilo Desmoulins; á los *indulgentes*, en fin, convertidos en termidorianos. Estos últimos, no obstante, aunque procuraban reparar los males causados por la revolución, ponían en libertad á los sospechosos, y se esforzaban en dar cierta libertad y seguridades al comercio, mostrándose aún muy deferentes con la Montaña después de haberla desposeído, colocando á Marat en el sitio que usurpaban á Mirabeau.